

—Perdónanos, murmuró Mary al oído de su hermana; no le acuses. ¡Ah! ¿tiene él la culpa de que su educación le haya hecho tan tímido que no tuvo valor para hablar cuando debía hacerlo? Há tiempo que quiso advertirte, y yo sola se lo impedí, con la esperanza de llegar á olvidarle. ¡Ay! el corazón es más fuerte que la voluntad! Pero ya no nos separaremos, querida hermana. Muéstrame los ojos y deja que te los bese. Ya nadie se interpondrá entre nosotras, nadie que venga á turbar y desunir á dos hermanas. Los extraños sólo son buenos para eso. Nó, nó; estaremos solas, y solas nos amaremos, solas con Dios, á quien nos habremos consagrado. ¡Oh! aun seremos felices en nuestro retiro, sí, y rogaremos por él, rogaremos por él.

Pronunció Mary estas últimas palabras con desgarrador acento. Michel se había arrodillado ante Berta, sin que esta le rechazara, ocupada como estaba con su hermana.

En esto se presentaron algunos soldados en el umbral de la puerta, y el oficial que hemos visto en el mesón de San Filiberto, acercándose al barón le puso la mano en el hombro.

—¿Sois el señor Michel de la Logerie? preguntó.—Sí, señor.—En nombre de la ley dáos á prisión.—¡Gran Dios! exclamó Berta abriendo los ojos á la realidad, ¡gran Dios! yo lo había olvidado.... ¡Ah! ¡yo soy quien le mata! Y allá abajo, allá abajo, ¿qué sucede?—¡Michel, Michel! dijo Mary olvidándolo todo ante el peligro que el mancebo corría; Michel, si mueres, moriré contigo...—Nó, no moriré, te lo juro, hermana, y seréis felices. ¡Paso, caballero, paso! continuó Berta dirigiéndose al oficial.—Señorita, replicó éste con dolorosa cortesía, yo tampoco sé transigir con mis deberes. Como no soy comisario de policía, aunque en San Filiberto fueseis para mí una desconocida sospechosa, nada tenía que deciros; mas aquí os encuentro en flagrante rebelión con la ley, y os prendo.—¿Prenderme en este momento? Pues no me prenderéis viva, caballero.

Y antes de que el oficial hubiese vuelto de su sorpresa, saltó Berta por la ventana al patio y corrió á la puerta, guardada por soldados. Derramando en torno la vista, vió la doncella el caballo de Michel que, espantado por la aparición de la tropa y por el ruido, corría por el patio, y aprovechando la confianza del teniente en las medidas adoptadas para cercar la casa, saltó sobre el caballo, pasó

como un rayo por delante del asombrado oficial, llegó á un punto donde la tapia estaba algo desmoronada, y aguijó tan fuertemente con la brida y los talones al animal, excelente caballo inglés, que le hizo franquear el obstáculo, el cual tenía cerca de cinco piés, y lanzóle en la llanura.

—¡No tiréis á esa mujer! gritó el oficial no considerando tan importante la captura que se decidiera á cogerla muerta cuando no podía viva.

Empero los soldados que circunían la casa no oyeron ó no comprendieron la orden, y una granizada de balas silbó en torno de Berta, quien á uña de caballo huía con dirección á Nantes.

XXXVIII

LA PLANCHA DE CHIMENEA

Veamos ahora lo que ocurría en Nantes durante la noche que comenzó con la muerte de José Picaut y continuaba con la captura del señor Michel de la Logerie.

A eso de las nueve habíase presentado en casa del prefecto un hombre mojado y lleno de barro, y como el portero se negase á introducirle en el despacho de aquel funcionario, le había hecho entregar un papel al parecer muy poderoso, pues el prefecto dejó al momento sus ocupaciones para recibir al recién venido, quien no era otro que el señor Jacinto.

Dos minutos después de esta entrevista, una fuerte partida de gendarmes y agentes de policía se encaminaba á la casa que mase Pascal habitaba en la calle del Mercado, y presentábase á la puerta de la misma calle.

Ninguna precaución se había tomado para disimular el rumor de los pasos de aquella fuerza y encubrir sus intenciones, de modo que maese Pascal al verla llegar pudo cerciorarse de que la puerta de la callejuela no estaba guardada y salir por ella antes de que los agentes de la autoridad acabaran de derribar la de la calle del Mercado.

Dirigióse á la calle del Castillo y entró en la casa número 3. El señor Jacinto, á quien no había visto por hallarse oculto detrás de una esquina, siguióle con toda la cautela de un cazador que acecha la codiciada presa.

Durante esa operación preliminar, para cuyo éxito probablemente había tomado el señor Jacinto enérgicas disposiciones militares, y tan luego como hubo enterado al prefecto de lo que había visto, mil doscientos hombres se dirigieron á la casa en la cual el espía había visto penetrar á maese Pascal.

Divididos los mil doscientos hombres en tres columnas, la primera bajó el Curso dejando centinelas á lo largo de la tapia del jardín del obispado y de las casas contiguas, siguió la orilla de los fosos del castillo y hallóse en frente de la casa número 3, donde se desplegó; dirigiéndose la segunda por la calle del Obispado, cruzó la plaza de San Pedro, bajó por la calle Mayor, y fué á juntarse con la primera por la calle Baja del Castillo; y la tercera se incorporó con las otras dos por la calle Alta del Castillo, dejando como estas tras sí un largo cordón de bayonetas.

La circunvalación era completa: estaba cercada toda la manzana de casas en que se encontraba la de número 3.

Entraron los soldados en el piso bajo precedidos de comisarios de policía que iban pistola en mano, y desparáramonse por dentro guardando todas las salidas. Procedieron los comisarios al registro, y arrestaron á cuatro señoras que vivían en la casa, pertenecientes á la alta aristocracia nantesa, y tan respetables por su honradez como por su posición social.

El pueblo formaba afuera una segunda muralla en derredor de los soldados: toda la ciudad había bajado á las calles y plazas, sin que se manifestara ningún síntoma realista. Era una curiosidad grave, y nada más.

El primer resultado de las pesquisas confirmó á la autoridad en la convicción de que la duquesa de Berri estaba en la casa. Sobre una mesa vieron abierta una carta dirigida á S. A. R., y la desaparición de maese Pascal, á quien habían visto entrar y no encontraban, probaba que había un escondrijo. Todo consistía en hallarlo.

Abriéronse los muebles en que estaban las llaves, y los que no las tenían fueron descerrajados; los gastadores y los albañiles sondeaban á martillazos el suelo y las paredes; los

arquitectos declaraban que, vista la conformación interior comparada con la exterior de los cuartos, era imposible que encerrasen un escondrijo, ó bien hallaban los que contenían. En uno de estos se encontraron varios objetos, y entre otros, impresos, joyas y vajilla del dueño de la casa, los cuales en en aquel momento dieron más peso á la creencia de que en ella se hospedaba la princesa.

Llegados á las guardillas, los arquitectos declararon que allí menos que en otra parte alguna podía haber un escondrijo.

Pasaron entonces á las casas inmediatas y continuaron las pesquisas, sondeándose con tal fuerza las gruesas paredes, que se desprendieron grandes trozos de fábrica, y hasta llegó á temerse que se desplomaran por completo aquellas paredes.

Las señoras arrestadas habían mostrado entretanto gran serenidad, y aunque con centinelas de vista habíanse sentado á la mesa.

Otras dos mujeres, cuyos nombres debe la historia levantar de la oscuridad para transmitirlos á los siglos venideros, eran todavía objeto de especial vigilancia por parte de la policía. Carlota Boreau y María Boni, que así se llamaban, eran criadas de la casa, y conducidas al castillo y de allí al cuartel de gendarmería, tratóse de sobornarlas al ver que resistían á toda clase de amenazas, ofreciéndoles cantidades muy crecidas; mas ellas respondieron constantes que ignoraban dónde estaba la duquesa de Berri.

Después de inútiles investigaciones el prefecto mandó suspenderlas, dejando por precaución los hombres suficientes para ocupar todas las piezas de la casa, y algunos comisarios de policía que se instalaron en los bajos. La circunvalación continuó, y la guardia nacional relevó parte de la tropa, que fué á tomar algún descanso.

Por la distribución de centinelas, en una de las dos guardillas registradas había dos gendarmes que, no pudiendo resistir el intenso frío que hacía, encendieron una buena lumbre en la chimenea. Al cabo de un cuarto de hora se caldeó la plancha del fondo, y casi al mismo tiempo, aunque no hubiese todavía amanecido, los gastadores y albañiles prosiguieron su investigadora tarea. A pesar del gran ruido que causaban con las herramientas, uno de los gendarmes se había dormido, y su compañero, que ya no tenía tanto

frío, había cesado de echar leña al fuego. En fin, los gastadores abandonaron aquella parte de la casa después de escudriñarla minuciosamente, y aprovechando el gendarme que velaba aquel momento de silencio, despertó á su camarada para dormir á su vez.

El otro abrió los ojos tiritando de frío y sólo pensó en calentarse: así es que reanimó la lumbre, y como la leña no ardiese bastante, arrojó unos paquetes de *Quotidiennes* que había en la habitación debajo de una mesa.

El fuego producido por los periódicos echó denso humo, y el gendarme sacudía el tedio leyendo algunas *Quotidiennes*, cuando de repente se derrumbó su edificio pirotécnico, rodando en medio de la guardilla la leña que había arrimado á la plancha. Al mismo tiempo oyó detrás de esta plancha un ruido que le sugirió una idea singular: figuróse que había ratas en la chimenea y que el calor iba á echarlas.

Despertó á su camarada, preparáronse ambos á perseguirlas con los sables, y mientras concentraban toda su atención en aquel acecho de nuevo género, uno de ellos reparó que la plancha se había movido:

—¿Quién va allá? gritó.

Y una voz femenina respondió:

—Nos rendimos. Apagad el fuego y abriremos.

Los dos gendarmes desparramaron el fuego á puntapiés, giró en sus goznes la plancha, descubrió una abertura, y una mujer de rostro descajado, cabellos erizados en la frente como los de un hombre, y con un sencillo vestido de *napolitana*, de color oscuro, y lleno de quemaduras, salió de aquel escondrijo poniendo piés y manos en el abrasado hogar.

Era S. A. R. la señora duquesa de Berri.

Siguieronla sus compañeros. Hacía diez y seis horas que estaban allí sin haber tomado alimento.

El agujero que les dió asilo habíase practicado entre el cañón de la chimenea y la pared de la casa contigua, bajo el tejado.

En el momento en que las tropas se ponían en movimiento para cercar la casa, S. A. R. estaba escuchando á maese Pascal, quien la refería riendo la alarma que acababa de arrojarle de su casa. Por las ventanas del aposento donde se encontraba, la duquesa veía brillar la luna en el limpio y sereno firmamento, y en su plateada claridad destacarse

las pardas torres macizas, inmóviles y silenciosas del vetusto castillo.

Momentos hay en que la naturaleza nos parece tan plácida y amiga, que no podemos creer que en medio de aquella calma nos amague un peligro. Acercándose de pronto maese Pascal á la ventana, vió relucir las bayonetas, y al instante retrocedió gritando:

—¡Huid, *Madama*, huid!

Madama corrió inmediatamente á la escalera, y llegada al escondrijo llamó á sus compañeros. Como se había averiguado que en él sólo cabían por orden de estatura, primero entraron los hombres que acompañaban á S. A. R., y después, viendo *Madama* que la señorita que había venido á encontrarla no quería pasar antes que ella, dijo riendo:

—En buena estrategia, cuando se efectúa una retirada el general debe ir detrás.

Abrían los soldados la puerta de la calle cuando se cerraba la del escondrijo. Ya hemos visto con qué cuidado y escrupulosidad se practicaron las pesquisas: cada golpe dado en las paredes retumbaba en el asilo donde se hallaban la duquesa de Berri y sus compañeros, y los ladrillos se desprendían, el yeso caía hecho polvo, y los prisioneros estaban en inminente peligro de quedar sepultados bajo los escombros.

Quando los gendarmes encendieron lumbre, calentándose la plancha de la chimenea, comunicaba al reducido asilo un calor que iba tomando incremento. El aire del escondrijo era por grados menos respirable, y los encerrados tenían que aplicar la boca á las pizarras del tejado para cambiar con el aire exterior su encendido aliento. La duquesa era la que más sufría, pues habiendo entrado la última, estaba inmediata á la plancha, y á pesar de que sus compañeros la ofrecieron repetidas veces mudar de sitio, no quiso dejar el que ocupaba.

Al peligro de asfixiarse se agregaba el de abrasarse vivos, pues la plancha se había caldeado, y el fuego amenazaba los trajes de las señoras, habiendo prendido ya dos veces en la ropa de *Madama*, quien lo había apagado con las manos á costa de dos quemaduras, cuyas señales conservó por largo tiempo. A cada minuto se rarificaba más y más el aire interior, pues el exterior penetraba en muy escasa cantidad por los resquicios del techo para ventilar el escondrijo. Los prisioneros respiraban ya con suma dificultad, y considerando

que si la duquesa permanecía diez minutos más en aquel horno perecería sin remedio, suplicáronla que saliera sola, á lo cual no accedió vertiendo gruesas lágrimas de cólera que el abrasado ambiente secaba en sus mejillas.

Habiéndose prendido otra vez fuego en su traje, apagólo, y con el movimiento que hizo al levantarse, alzó el pestillo de la plancha, la cual entreabriéndose llamó la atención de los gendarmes.

Suponiendo que ese accidente bastaba para descubrir su retiro, dolida de los sufrimientos de sus amigos consintió entonces *Madama* en rendirse, y salió de la chimenea del modo que tenemos dicho.

Sus primeras palabras fueron para preguntar por el general, y uno de los gendarmes descendió á los bajos, de donde aquel no había querido moverse.

En cuanto le anunciaron su llegada, abalanzóse la duquesa diciendo vivamente:

—General, me rindo á vos, acogiéndome á vuestra lealtad.

—*Madama*, respondióle, V. A. R. está bajo la salvaguardia del honor francés.

Hízola entonces tomar asiento, y estrechándole fuertemente el brazo, díjole la princesa recalcando el acento:

—Nada tengo que reprocharme, general: he cumplido los deberes de una madre para recobrar la herencia de su hijo.

La duquesa parecía tener mucha sed, y aunque pálida, estaba animada como si hubiese tenido calentura. Mandó el general traerla un vaso de agua en el cual metió ella los dedos, calmándola un tanto su frialdad.

Entretanto, avisados de lo ocurrido el prefecto y el jefe de la columna, primero llegó aquel y pidió á la duquesa sus papeles.

Esta dijo que en el escondrijo encontrarían una cartera blanca, y cuando el prefecto la hubo traído, abrióla la duquesa, diciendo:

—Caballero, aunque poco importantes, yo misma quiero entregaros las cosas que contiene esta cartera y manifestaros su destino.

Y entregóselas una tras otra.

—Caballero, en el escondrijo debe haber unos treinta y seis mil francos, doce mil de los cuales pertenecen á las personas que designaré.

Acercóse entonces el general á la princesa, y díjola que si

se encontraba algo mejor, sería oportuno salir de la casa.

—¿Adónde vamos? preguntó mirándole fijamente.—Al castillo, *Madama*.—¡Ah! bien, y de allí á Blaye, ¿no es cierto?—General, dijo entonces uno de los compañeros de la duquesa, S. A. R. no puede ir á pié, pues no fuera decoroso.—Caballero, replicó el general, un carruaje nos estorbaría. *Madama* puede ir á pié, poniéndose una capa y un sombrero.

Entonces el secretario del general y el prefecto, que esta vez quiso blasonar de galante, bajaron al segundo piso y trajeron tres sombreros. Eligió la princesa uno negro, porque su color, dijo, era análogo á la circunstancia, y cogiéndose en seguida del brazo del general, miró por última vez la entreabierta chimenea.

—¡Ah general! dijo sonriéndose, si no me hubieseis hecho una guerra á lo San Lorenzo, lo cual, entre paréntesis, desdice de la generosidad militar, no me tuvierais á estas horas á vuestro brazo. ¡Vamos, amigos míos! añadió dirigiéndose á sus compañeros.

Bajó la duquesa, y al poner los piés en el umbral de la casa oyó los gritos del gentío apiñado detrás de los soldados. La duquesa pudo creer que el vocerío se dirigía á ella, y sin embargo no dió otra muestra de temor que apretar más el brazo del general.

Cuando la princesa avanzó entre las filas de soldados y milicianos que formaban calle desde la casa hasta el castillo, los murmullos y gritos de la muchedumbre fueron en aumento.

Tendió el general los ojos hacia donde sonaba el tumulto, y vió á una moza vestida de aldeana que intentaba abrirse paso entre las filas de los soldados, mientras estos, maravillados de su hermosura y de la aficción retratada en su rostro, sin apelar á la violencia para rechazarla, la oponían la consigna.

El general conoció á Berta y con el dedo la señaló á la princesa, quien exhaló un grito diciendo con viveza:

—General, me habéis prometido que no me separaríais de ninguno de mis amigos: ordenad que venga aquella muchacha.

A una seña del general dejaron un claro los soldados, y Berta pudo llegar hasta la duquesa.

—¡Perdonad, *Madama*, perdonad á una infeliz que podía

salvaros y no lo ha hecho! Quiero morir maldiciendo este fatal amor que me ha hecho cómplice involuntaria de los traidores que han vendido á V. A. R.—No sé lo que queréis decir, Berta, dijo la princesa levantándola y dándole el brazo que la quedaba libre. Lo que hacéis ahora prueba que, haya sucedido lo que quiera, no debo acusar una lealtad de que me acordaré toda la vida. De otra cosa quería yo hablaros, hija mía: deseaba pedir os perdón por haber contribuido á un error que quizás ha causado vuestra desgracia. Quería deciros....—Lo sé todo, *Madama*, dijo Berta alzando á la princesa los ojos hinchados por el llanto.—¡Pobre niña! replicó la duquesa estrechando la mano de la doncella. Seguidme, pues; el tiempo y mi afecto calmarán vuestro dolor, que concibo y respeto.—Dispénsame V. A. R. si no puedo obedecerla, porque he hecho un voto y debo cumplirlo. Dios es el único que mi deber sobrepone á mis príncipes.—Id pues, querida amiga, dijo la duquesa presintiendo el proyecto de la joven; id, y el Señor sea con vos. Cuando le invoquéis acordáos de Petit-Pierre, que Dios acoge los ruegos de los corazones lacerados.

Habían llegado al puente del castillo. Miró la princesa sus ennegrecidos muros, tendió en seguida la mano á Berta, quien se arrodilló besándosela y murmurando la palabra perdón; y después de un momento de duda traspuso la duquesa la puerta enviando una sonrisa de despedida á la señorita de Souday.

El general soltó el brazo de la princesa para dejarla pasar, y volviéndose á Berta la preguntó:

—¿Y vuestro padre?—Está en Nantes.—Decidle que vuelva á su castillo; estése allí quieto y nadie le incomodará. Antes rompiera mi espada que dejar prender á mi antiguo enemigo.—Gracias por él, general.—Bien; y si en algo puedo servir os, mandad, señorita.—Quisiera un pasaporte para París.—¿A dónde queréis que os lo envíe?—Al puente Rousseau, mesón del *Alba*.—Dentro de una hora lo tendréis, señorita.

Y haciendo un ademán de despedida á la doncella, el general se internó á su vez en la sombría bóveda.

Hendió Berta la apretada muchedumbre, detúvose á la primera iglesia que de camino encontró, y permaneció largo rato arrodillada sobre las frías losas del atrio. Cuando se levantó, las losas estaban regadas con su llanto; atravesó la

ciudad, y al acercarse al mesón del *Alba*, vió á su padre sentado en el dintel de la puerta.

En pocas horas el marqués de Souday había envejecido diez años: sus ojos habían perdido aquella expresión chocarrera que tanta viveza les prestaba, y veíasele cabizbajo como un hombre agobiado de un gran peso.

Avisado en su retiro por el cura que había oído las últimas revelaciones de maese Jaime, el anciano se había puesto en camino para Nantes, y á media legua del puente Rousseau había encontrado á Berta, cuyo caballo acababa de caer y de romperse un tendón en la impetuosa carrera á que ella lo había lanzado.

La doncella confesó á su padre lo que había ocurrido, y aunque el anciano no la reconvino poco ni mucho, desfogó su ira haciendo astillas contra las piedras del camino el bastón que en la mano llevaba.

A las siete de la mañana, al llegar al puente Rousseau oyó correr la voz de que iban á prender á la princesa, si ya no estaba presa. Entonces Berta, sin atreverse á mirar á su padre, corrió á Nantes, mientras él se sentaba en el guardaruedas donde todavía le encontramos al cabo de cuatro horas.

Aquel dolor era el único contra el cual era impotente su epicúrea y egoísta filosofía. Hubiera perdonado á su hija muchas faltas; mas no podía pensar sin desesperarse que Berta había mancillado su nombre con un crimen de lesa caballería, y que al fin los Souday habían contribuido á la perdición de la duquesa.

Cuando Berta se acercó á su padre, tendióle calladamente un papel doblado que un gendarme acababa de entregarla.

—¿No me perdonáis como ella, padre? díjole en un tono suave y humilde que contrastaba mucho con sus desembarazadas maneras de antes.

Movió el viejo hidalgo tristemente la cabeza y dijo:

—¿Dónde encontraré á mi pobre Juan Oullier? Ya que Dios me le ha conservado, quiero verle, y que me siga lejos de este país.—¿Abandonaréis á Souday, padre mío?—Sí.—¿Y dónde iréis?—Adonde pueda ocultar mi nombre.—¿Y la pobre é inocente Mary?—Se casará con el que también es causa de que se haya consumado esa infamia. Nó, no veré más á Mary.—¿Estaréis solo?—Nó, con Juan Oullier.

Bajó Berta la cabeza y entróse en la posada, donde se

puso un vestido de luto que acababa de comprar. Al salir vió que su anciano padre, cabizbajo y cruzadas las manos á la espalda, se encaminaba tristemente á San Filiberto.

Berta sollozó, y mirando por última vez la verde campiña del país de Retz que en lontananza se divisaba junto al azulado horizonte de la selva de Machecul:

—¡Adiós cuanto amo en la tierra!

Dijo; y entró en la ciudad de Nantes.

XXXIX

CASTIGO

Durante las tres horas que Courtin pasó atado de piés á cabeza y tendido en el suelo en las ruínas de San Filiberto, al lado del cadáver de José Picaut, su corazón sufrió todas las angustias que pueden torcer y desgarrar un corazón humano.

Sentía debajo el precioso cinto sobre el cual tuvo la precaución de echarse; pues también aquel oro acrecentaba los dolores é inquietudes que le asaltaban.

En efecto, aquel oro, para él más querido que la vida, ¿no iba á perderlo? ¿Quién era el desconocido de quien maese Jaime había hablado á la viuda? ¿Cuál era la misteriosa venganza que debía temer? El alcalde de la Logerie iba haciendo memoria de las personas por él agraviadas en el decurso de su vida, y su lista era muy larga, y sus rostros amenazadores poblaban la oscuridad de la torre.

De vez en cuando empero brillaba un rayo de esperanza entre sus siniestros pensamientos, el cual, vago é indeciso al principio, tomaba poco á poco una forma. ¿Acaso podía morir un hombre que poseía tan hermosos luises? Si ante él se levantaba la venganza, ¿no podía aplacarla echándola un puñado de oro? Entonces contaba y recontaba en su imaginación la suma que le pertenecía, que era muy suya y le apretaba deliciosamente las carnes cual si el oro llegara á incorporarse con su persona; luego pensaba, si conseguía

escaparse, en los cincuenta mil francos que iba á reunir con los cincuenta mil que ya poseía, y atado como estaba, víctima condenada á la muerte, esperando tan sólo aquella espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, y que de un minuto á otro al caer podía quitarle la vida, su corazón se espaciaba en una fruición regaladísima que adquiriría las proporciones de la embriaguez. En seguida sus ideas tomaban otro sesgo: preguntábase si su cómplice, en quien no tenía sino confianza de cómplice, no aprovecharía su ausencia para arrebatárle la parte que le correspondía; veíale huír abrumado bajo el peso de la suma que se llevaba, sin querer compartirla con el único autor de la traición; y entonces preparó para esa circunstancia unas súplicas que le llegaran al corazón, unas amenazas que le espantasen y unos reproches que le enternecieran. Sin embargo, cuando reflexionaba que el señor Jacinto era probablemente tan aficionado como él al oro, á fuer de judío; cuando comparaba consigo á su asociado; cuando sondeaba en su alma lo inmenso del sacrificio que iba á pedir á su cómplice, considerando muy posible que fuesen inútiles los ruegos y las lágrimas, los reproches y las amenazas; entonces tenía accesos de rabia, arrojaba rugidos que hacían retemblar la bóveda del feudal edificio, retorciase en sus ligaduras, mordíalas y trataba de romperlas con los dientes; mas el delgado cordel parecía animarse bajo sus esfuerzos, y Courtin creía sentirlo luchar con él redoblando sus lazos: los deshechos nudos parecía que volvían á formarse por sí mismos, no ya sencillos como antes, sino dobles, cuádruples, y al mismo tiempo, como en castigo de sus vanas tentativas, penetraban en sus lastimadas carnes abriendo ardientes surcos. Entonces, cual nube al soplo del huracán, desvaneciáanse todas las esperanzas, todos los sueños de riqueza y felicidad, reapareciendo las terribles sombras de los que había perseguido: piedras, vigas, rotos maderos, vacilantes cornisas, todo se animaba, y aquellas amenazadoras formas le miraban con ojos que lucían en la oscuridad cual millares de chispas que hubiesen corrido por un negro sudario. Entonces perdía la razón, y loco de terror, desesperado, se dirigía al cadáver de José Picaut, ofreciéndole hasta la mitad de su oro, si quería desatarle; mas sólo le respondía el lúgubre eco de aquellas bóvedas, y anonadado por la emoción, el colono recaía en una insensibilidad momentánea.